

Testimonio de un hombre en confinamiento

Sergio Luis Hernández Valdés

El reto es que el regreso a la normalidad no lo sea



Tengo 63 años, ya casi 64. Por tal condición he sido considerado población vulnerable ante el COVID-19. De entrada, me indigna el trato especial que se me quiere dar. No he estado confinado al 100 por ciento. Sí he bajado mucho mi actividad, al grado que tengo tiempo de escribir estas líneas. Soy de los afortunados que tienen un ingreso garantizado, como servidor público y como catedrático universitario. Sin embargo, mis ingresos globales se han reducido hasta en un 50 por ciento porque los pacientes, muchos, dejaron de ir a consulta. Soy también psicoterapeuta.

Hace unos días llegó a mis redes sociales un meme (¿así se les llama?) en el que se afirmaba que los hombres estábamos pasándola muy mal ante esta contingencia. Nos echaron del trabajo, en casa nuestras mujeres no nos quieren y si la po-



licía nos ve en la calle nos regresa a casa. Los hombres, en este tiempo, no encontramos nuestro lugar. Acostumbrados a estar fuera resulta sumamente estresante estar dentro. Sobre todo, si no tenemos suficientes ingresos. Afortunados quienes, como yo, tienen alguien con quien compartir los gastos.

Ya va un poco más de un mes que la rutina cambió y me esfuerzo para establecer una nueva. Parece que así está siendo. Me despierto más tarde que lo acostumbrado, hago un poco más de ejercicio, atiendo algunos pacientes (unos por teléfono), me encargo de comprar los alimentos para el día y la semana, colaboro a la hora de la comida, traslado a mi hija a algunas actividades esenciales, hago algo de “talacha” en la casa donde vive la mamá de mi hija (mi ex) y en la tarde-noche tengo más tiempo libre. Un programa de radio que me ocupaba los viernes en la noche está en suspenso.

¿Qué ha cambiado? Lo más significativo es mi contacto con la tecnología de comunicación. Los hombres, o yo por lo menos, pero veo que muchos también lo hacen, hemos buscado a toda costa salir de las cuatro paredes que limitan nuestra esencia aventurera. No somos para estar encerrados. Bendito internet que nos permite acceder al mundo exterior. Y en eso me he encontrado con maravillosos y potentes instrumentos tecnológicos, que me han permitido reunirme cada semana con mis seis hijos que se encuentran dispersos en diferentes ciudades del país y del extranjero. Tenía cuatro años que no nos veíamos juntos.

Pero también he podido continuar, en línea, con dos diplomados que eran presenciales, y he mantenido contacto cibernético con mis alumnos de la universidad y con algunos compañeros de oficina por situaciones excepcionales. Mis ansias de comunicador me han llevado a dos proyectos que surgieron de esta situación: un programa semanal de mascu-



linidades con colegas de Colombia y de Mexicali (vía Zoom, YouTube, Facebook e Instagram), y la publicación, también en redes sociales, de cápsulas informativas y reflexivas relacionadas con el cambio que está generando la situación del confinamiento.

Lo más relevante es que el tiempo ha cobrado un significado diferente. Transcurre más lento. Permite encontrarme con las personas cercanas, lejanas, y conmigo mismo. Algo que no hacía. Y estar conmigo, a estas alturas de mi vida, ha sido maravilloso. Sí lo hacía, pero con diferente intensidad. Eso ahora es más intenso y más profundo. Es un encuentro más revelador, un encuentro más doloroso y más gratificante. Me ha dado la posibilidad de encontrarme con mis partes oscuras y mis luces. Lo que soy. Lo que la cotidiana rapidez de la vida no daba oportunidad. Ahora se ha podido. El reto es que siga siendo y que el regreso a la normalidad no lo sea.

Durango, Dgo. 29 de abril de 2020.

